

EL CONSTITUCIONAL.

DIARIO LIBERAL.

NÚM. 99.

PRECIOS DE SUSCRIPCION.—En Alicante: un mes 7 rs. un trimestre 20.—Fuera de la capital, 23 rs. trimestre.—En el extranjero, un mes 14 rs., un trimestre 40. Números sueltos 4 cuartos. Se suscribe en la imprenta de este periódico, calle S. Francisco, 21, y en la Administración plaza del Teatro, 3. En Madrid y París C. A. Saavedra.

ALICANTE:

Miércoles 14 Febrero 1872.

ANUNCIOS.—A precios convencionales.—El pago será anticipado.
COMUNICACION.—A precios convencionales. Los comunicados ó escritos de cualquiera especie que se remitan á la redaccion no se devuelven aun cuando no se publiquen.

AÑO II.

EL RESPETO A LA MUJER.

«¡Respetad á las mujeres! ¡Ellas son las que entretejen galanas flores de celeste aroma con las mustias hojas de la terrena vida!» Así dice Schiller en una de sus más populares odas, y en verdad que es deber del hombre el respetar á la mujer. En su infancia, ella es quien le guía con experta mano por el difícil y desconocido sendero de la vida; en su ardiente juventud, ella es quien le excita á lo bello y á lo grande, y le hace anhelar virtud y gloria: en su edad madura, ella es quien le procura mil deleites y le alivia de mil pesares; si sucumbe, ella es la primera en consolarle; si vence, es la primera en aplaudirle y en hacerle grato el triunfo; en su vejez, en fin, ella es quien le cuida y le hace llevadera la penosa vida, ella le ofrece su delicado seno para que deposite en él su postrer aliento. Desde la cuna á la tumba vela sobre el hombre cual ángel tutelar, ya en forma de madre, ya de amante, ya de esposa ó ya de benévola amiga, y reo fuera el hombre de la más negra de las faltas de ingratitud, si en cambio de tantos y tan benéficos cuidados y desvelos no rindiere á la mujer un tributo de afecto y cariño; pero sin respeto no puede haber verdadero afecto; sin respeto, el cariño no es sino una vana palabra. En verdad que es deber del hombre el respetar á la mujer, ó ingrato fuera si no la respetara.

Pero la mujer tiene mil flaquezas, es débil, liviana y mudable; la mujer es frágil vidrio, que al mejor choque se quiebra. Todo esto es muy cierto; pero no olvidemos que la mujer es una criatura humana, y que si no tuviera esas flaquezas, si no fuera débil y frágil, no sería mujer, sino sér celestial. Por regla general, el hombre suele exagerar esas flaquezas y debilidades hasta lo sumo, cuando por mil consideraciones debiera tratar de encubrir las, atenuarlas y perdonarlas. «Frágil mujer, suele decir á su compañera, te dejaste engañar por una vil serpiente, y condenaste por tu liviandad al género humano á eternos padecimientos;» y no repara en que podría replicarle la mujer, con no ménos razon que lógica: «Hombre dos veces débil, tú te dejaste seducir, no por la serpiente, que era el más astuto de cuantos animales en la tierra habia, si no por una frágil mujer.» Pero entre sus demás buenas cualidades tiene la mujer la de no ser rencorosa ni vengativa: diariamente la echamos en cara su flaqueza y liviandad, y ella sufre nuestros denuestos sin replicar, cuando en verdad pudiera hacerlo con ventaja, pues nuestras flaquezas y debilidades ni son pocas ni pequeñas.

Por otro lado, ¿qué hombre hay que de un modo ó otro, no esté sujeto á la mujer desde que nace hasta que muere? En su niñez, está sujeto á la madre: en su juventud, está doblemente sujeto á la madre y á la amante; en su edad madura, á la esposa y á la hija; en su vejez, á la benévola amiga. ¡Ay! ¿y qué sería de nosotros si así no fuera? Ciertamente, no pecaríamos de atrevidos si afirmamos que es en extremo improbable exista en el mundo un solo hombre que viva completamente separado del trato de la mujer, y bien podemos afirmar, sin temor de equivocarnos, que no existe hombre alguno que haya vivido por largo tiempo feliz separado completamente de ese ameno trato.

Si buscamos placer y deleite, tan solo lo hallamos en sus brazos; si buscamos alivio, consuelo; bienestar, no es sino á su lado donde lo encontramos. El huir de la mujer es imposible, nos vemos precisados á recurrir á ella, no solo por satisfacer los goces, sino hasta las necesidades de la vida; estamos dependientes de ella; en una palabra, somos esclavos de la mujer: ella manda é impera sobre nosotros, ni hay medio alguno de sacudir su yugo.

Siendo esto así, como realmente lo es, ¿no vale más aceptar de buen grado lo que por fuerza, y mal que nos pese, hemos de aguantar, mucho más pudiéndolo hacer sin rebajarnos en lo más mínimo, sin perder un átomo de nuestra

dignidad? La mujer ejerce su soberanía sobre nosotros, sin jamás echarnos en cara nuestra subordinacion, sin llamarnos débiles y frágiles si á ella no le rendimos; por el contrario, siendo ella dueña y señora nuestra, tolera y permite que blasonemos de fuertes y poderosos, y la llamamos esclava nuestra; lo único que nos pide es respeto, y ciertamente debemos dárselo en cambio de tanta tolerancia, benevolencia y dulzura; locos y necios fuéramos en no respetar á un sér que tanta influencia y dominio ejerce sobre nosotros, en ponderar sus mas leves faltas, sus mas disculpables flaquezas. Pero otra razon mas poderosa hay para que tratemos en todas ocasiones de atenuar esas faltas y flaquezas de la mujer; y es que esas faltas y flaquezas son faltas y flaquezas de nuestras madres, de nuestras esposas, de nuestras hijas, de nuestras amigas; y si no respetamos á nuestras madres, esposas, hijas y amigas, ¿podremos respetarnos á nosotros mismos? No, por cierto, pues su deshonra es tambien la nuestra.

Debemos respetar, pues, á la mujer por gratitud, por justicia, por orgullo, por pundonor. Debemos respetarla tambien por interés y egoísmo; y si no veamos.

Supongamos por un momento que la mujer no fuera el sér en cuyos brazos hallamos amor, alivio, sustento y apoyo; considerémosla meramente como individuo de una clase, como pudiéramos considerar al médico, al abogado, al sacerdote ó á un individuo de otra clase cualquiera. Preguntamos ahora: ¿Cuál es la mision de la mujer en la tierra? ¿Por llenar qué deberes existe esa clase? Indudablemente la mision de la mujer no es otra que la de procurar la felicidad del hombre, ya sea este niño, ya jóven, ya tenga edad madura, ya sea anciano: los deberes más importantes de esa clase, de que es representante la mujer, son los deberes de esposa y madre. A la mujer es á quien confiamos el cargo de llenar de delicias nuestro hogar; á la mujer es á quien confiamos el cargo de criar y educar á nuestros hijos en su tierna edad, cuando sus almas infantiles se dejan amoldar más fácilmente, y reciben con ménos trabajo las impresiones, así del bien como del mal; en una palabra, á la mujer confiamos el cargo de formar el corazón del hombre. Su mision no puede ser más alta, ni más importante que sus deberes. ¿Es justo, pues, es razonable, es lógico, es prudente, no es en extremo peligroso y desacertado el tratar con poco respeto á una clase á que confiamos tan graves cargos, de cuyos esfuerzos y celo ópinos frutos esperamos?

Si un pueblo desea tener buenos hombres públicos; si un negociante desea tener buenos dependientes; si un hombre cualquiera, en fin, desea tener buenos amigos, compañeros ó criados, no empezará ciertamente por llamarlos holgazanes y necios, no los colmará á cada paso de denuestos é improperios, no los insultará, sino los respetará, á fin de alentarlos, á fin de que cumplan con buena voluntad sus respectivos deberes. Pues el mismo motivo tiene el hombre para respetar á la mujer, si quiere que llene debidamente su alta mision, si quiere que cumpla fielmente sus deberes. El no respetar á la mujer demuestra en el hombre falta de talento; su propio interés exige que trate con respeto á la clase á quien confía tan importantes cargos. El hombre será tanto mejor servido por la mujer, cuanto más la aprecie, la estime y la respete.

Pero aun cuando no nos sintiéramos obligados á respetar á la mujer por tantos y tan diversos motivos, tiene la mujer una cualidad, sobre todo, que la debiera hacer respetable á los ojos del hombre justo y noble; esa cualidad es su desinterés, su falta de egoísmo.

La vida de la mujer no es sino una larga cadena de sacrificios. Desde que nace hasta que muere, no hace otra cosa que dar pruebas de desinterés al hombre, que tan á menudo la ultraja, la desprecia y la calumnia. Como jóven no puede disfrutar de mil gustos, de mil goces ó caprichos naturales á su sexo y edad, por no privar al hermano de las ventajas de una esmé-

rada educacion; este se coloca siempre en primer término, mientras que la hermana pasa casi inadvertida en el fondo de ese ameno cuadro que llamamos familia; los gustos de la vida son para el hermano, los sinsabores para la hermana.

Pasa de ese modo los primeros años de su juventud, hasta que al fin llega un dia en que cree alcanzar el deseado premio de todos sus desvelos y fatigas: encuentra un hombre que la quiera, se casa, y ya se juzga completamente feliz; nada más anhela; ante el altar muere su ambicion; pero allí tambien empiezan realmente sus mayores sacrificios, pues el esposo no suele ser ménos exigente ni mas blando que el hermano; ¡y qué de dolores, qué de envidias no la ocasionan los hijos!

Es verdad que en esos padecimientos, en esos sinsabores halla la mujer su recompensa; pero esa recompensa está siempre á merced de otro, á merced del esposo ó de los hijos; que la pueden hacer grata la existencia; pero tambien se la pueden hacer penosa en extremo. La mujer goza inmensamente; pero goza siempre procurando la felicidad ajena, cuidando á su esposo, criando á sus hijos, socorriendo al que está enfermo, ofreciendo amparo al desvalido. No: el egoísmo no cabe en el pecho de la mujer, ni aun en el de una mujer mala; y no se necesita de mucha experiencia para convencerse de esta verdad.

Si todas estas razones no bastaran para despertar en el pecho del hombre respeto hácia la mujer, diríamos al que siguiera ultrajándola: «Refrena la atrevida lengua, y piensa que de una mujer naciste.»

«¡Respetad á las mujeres! ¡Ellas son las que entretejen galanas flores de celeste aroma con las mustias hojas de la terrena vida!»—*Jorge Ruston.*

(Del Universal).

DIRECCION DE LOS GLOBOS.

Dias pasados se hizo en Versalles el experimento del nuevo aparato inventado por M. Dupuy de Lome, que, segun un periódico de aquella capital, ha logrado resolver los dos problemas mas difíciles que imposibilitaban la navegacion aérea. El primero el del movimiento de los globos sin ayuda del viento, y el segundo el de darles direccion.

Hé aquí la descripcion que hace un periódico del aparato y de la maneta que tuvo efecto el experimento:

«El globo que se elevó en el patio de la nueva fortaleza de Vincennes presenta la forma de un monstruoso huevo (45 metros de largo por 18 de ancho) en el centro lleva una navecilla de 10 metros de largo y un metro cuatro centímetros de altura; en uno de los lados del elipsoide se despliega una vela triangular, y á la estremidad de la navecilla está sujeto un hélice de dos brazos, de los cuales cada uno tiene diez metros de longitud; estos brazos se ponen en movimiento por medio de un manubrio movido á su vez por seis hombres.

Dentro del globo va otro de una capacidad diez veces menor. Está lleno de aire y sirve para regularizar la salida del gas. El globo tiene una triple cubierta de seda, caoutchouc y seda. Esta última es la exterior y costado 118 000 francos. Sostienen el aparato, cuya fuerza ascensional es de 7.000 kilogramos, 450 sacos de tierra adheridos á sus flancos.

El acto de inflar el globo duró tres dias, lentitud que se explica por haberse empleado únicamente hidrógeno para hincharlo.

A la una y media, M. Dupuy de Lome, un ingeniero, aeronautas, marineros y operarios, total 15 personas, subieron á la barquilla, recogieron los cables, y el globo se lanzó al espacio con una rapidez vertiginosa. Al llegar á una altura 700 á 800 metros, el globo se detuvo, dió una vuelta sobre si mismo, y despues, impelido por el viento, se dirigió hácia el Nordeste.

Esta maniobra se atribuyó al juego de los aparejos. En el momento en que ascendia, la

música militar tocaba una alegre sonata. Todo el estado mayor de las tropas acantonadas en Vincennes asistia al acto.

A las diez de la noche M. Dupuy de Lome entraba en Paris. Su viaje se ha verificado en las mejores condiciones, á pesar de la violencia del viento, que tenia una rapidez de mas de 10 metros por segundo. Lo que constituye la superioridad del aparato inventado por M. Dupuy es que posee, por decirlo así, vida propia, ó sea el poder moverse sin ayuda del viento. La rapidez de este aparato es de tres metros por segundo.

El inventor ha recorrido los puntos que habia designado con anticipacion.

La experiencia de M. Dupuy de Lome ha dado un resultado tan concluyente, que nos hace esperar la pronta solucion del más importante problema científico.

ALICANTE 14 DE FEBRERO DE 1872.

LO QUE ESTÁ SUCEDIENDO.

Al paso que las oposiciones, apesar de su vehemente deseo de impedir que los amigos del gobierno triunfen en las próximas elecciones, no consiguen llegar á un comun acuerdo en la forma de establecer una coalicion, que no puede menos de repugnar á los hombres de buena fé que existen en todos los partidos; la poderosa agrupacion que ha convenido en declararse decidida conservadora de la legalidad existente, se robustece cada dia mas, adquiriendo nuevos prosélitos.

Los carlistas, que siempre miran con recelo á sus adversarios de inmemorial los liberales de todos los matices, no quieren prestar su poderosa ayuda sin la seguridad de obtener ventajas positivas, exigen para ir á las urnas en union de sus enemigos naturales, que se establezca una cuádruple alianza entre ellos, los republicanos, los moderados y los radicales; pero á condicion de que se ha de organizar un Comité central de los cuatro partidos, y de que se ha de dar un manifiesto en que se hagan declaraciones favorables á su causa.

Los radicales y los cimbríos, divididos por su parte entre sí, por la honda perturbacion que ha introducido en sus filas, el dinastismo de los unos, y el deseo de la menor cantidad posible de rey, de los otros, han llegado á un periodo de inminente disolucion que amenaza anularlos completamente. Por eso vemos que los unos abandonan la direccion de los periódicos que les estaba encomendada, como ha hecho el señor Araus, separándose de *El Imparcial*; los otros matan los órganos que habian consagrado á defender sus opiniones, como lo ha verificado el Sr. Rivero con *La Constitucion*, y unos y otros amenazan con retraerse, para encubrir la impotencia á que ha de reducirlos el aislamiento en que les va dejando la distancia que los separa del poder.

Los moderados tampoco se entienden bien, y de las diferencias surgidas entre *El Eco de España*, *El Tiempo* y *La Epoca*, resultará irremisiblemente la muerte de alguno de estos periódicos y con ella el consiguiente disgusto en el grupo adherido mas intimamente á él.

Y en cuanto á los republicanos, tambien existen disidencias entre ellos, pues al paso que *La Discusion* aboga por el retraimiento, *La Igualdad* aconseja á sus amigos que acudan á las urnas.

De ahí la confusion que reina entre las oposiciones de todos los colores, y de ahí el desaliento que se va apoderando de los radicales, que quizá soñaban, como tienen costumbre de hacerlo, en llegar al poder yendo escoltados á las Cortes por una numerosa falange de carlistas, alfonsinos y republicanos; lo cual parece que se va haciendo muy difícil, pues por el aspecto que presentan las provincias, se colige que aunque las oposiciones carlista y republicana pueden ser respetables, los radicales estarán en tan exigua minoría, que

